

Editorial

A

EL FRAGOR de los tiempos neoliberales que corren, la promoción oficial de la cultura en Zacatecas eslabona dos estrategias de índole económica y política. En primer término, fiel a la proclama de abrir espacios de valorización al capital, el campo cultural es subsumido por la noción de espectáculo. La ornamentación del tejido arquitectónico del casco del centro histórico de la capital y la programación de festivales y exposiciones museísticas responden al cometido de atraer turismo, a la postre principal consumidor, junto a un público local solvente, del aún imberbe complejo industrial turístico afincado en la zona metropolitana compuesto por corporaciones de transportación aérea y terrestre, agencias de viaje y cadenas hoteleras, restaurantes y cafés, bares y centros comerciales. A semejanza de otros sectores de promoción económica preferente, el argumento reiterativo es que la puesta en valor del patrimonio cultural, tangible e intangible, redundará en la generación de empleos, al tiempo que se mixtifica el hecho de que la ganancia empresarial es el móvil y que la mayoría de los empleos son inseguros, precarios y mal retribuidos. Al evaluar los resultados de los festivales, exposiciones y conciertos, el indicador primordial, casi único, es la ocupación hotelera, tras la cual se vinculan los niveles de consumo y los esperados márgenes de utilidad. Pese al caudal de recursos públicos invertidos, año con año, la calidad de las actividades artísticas se ha venido deteriorando, pues responden tanto al endeble gusto de los gobernantes como a la expectativa de agrandar a visitantes con menores exigencias artísticas. La formación de una ciudadanía culta, crítica y creativa, punto nodal de una genuina estrategia de desarrollo humano, se desmorona ante las pretensiones del rentismo cultural.

En segundo término, la cultura oficial se atiene al espécimen político de la cultura como entretenimiento masificado: conformar multitudes que siguen pautas prefabricadas de la gran industria mediática del entretenimiento, la diversión y el ocio. Los gobiernos asumen la función de una agencia de espectáculos que destina recursos públicos para organizar desde conciertos masivos “gratuitos” no se cobra la admisión, pero sí se retribuye ampliamente a los artistas hasta patrocinar un equipo profesional de fútbol. La popularidad del elenco artístico

moviliza grandes contingentes que sólo buscan divertirse. Conforme cunde la algarabía, los políticos aprovechan esos encuentros espectaculares para “placearse”, darse baños de pueblo en pos de incrementar su “popularidad”. No sólo se presentan como “amigos” de los famosos de la farándula, sino que difunden propaganda fastuosa que pretende justificar el accionar del gobierno promotor de espectáculos artísticos masificados para que, a su vez, configuren un gran público adepto que abone a la percepción de popularidad política y, de paso, legitime otros actos de gobierno, a menudo dirigidos en contra de la población. No es nada nuevo decir que entre más distraída esté la población, menos interés manifiesta por los manejos políticos de la cosa pública. La multitud de espectadores embelesados pueden metamorfosearse, también, en ingravidas masas electorales, que permiten a los grupos de poder perpetuarse en las altas esferas de la burocracia y la “representación” parlamentaria.

La zona conurbada de la capital de Zacatecas ha ganado una mayor densidad cultural gracias a la inversión pública en infraestructura y la diversificación de la oferta artística. El apalancamiento público ha sido el preámbulo y condición de permanencia para ostentar el reconocimiento como patrimonio cultural de la humanidad. Desde la federación se han direccionado recursos para rehabilitar edificaciones, plazuelas, calles e infraestructura urbana, además de consolidar una red de museos y festivales. Es la plataforma para el arribo de empresas turísticas privadas. La plasticidad del tejido urbano alcanza espesor con los teatros y salas de concierto, museos y galerías, plazuelas y callejones, fachadas y luminarias, para configurar un escenario estático de atracción turística. La promoción cultural compuesta de festivales y conciertos, la presentación de artistas foráneos contratados para ofrecer presentaciones “gratuitas” y masivas, funge como factor dinámico de atracción de públicos turísticos. Sin embargo, la política de valorización del “capital cultural”, incluso la pretensión de vender la “marca Zacatecas” para consolidar a la ciudad como un destino turístico redituable, arroja resultados muy irregulares en términos económicos y culturales. Es imprescindible dar un viraje hacia una política pública donde participe la ciudadana en la elaboración de presupuestos, la programación de actividades culturales

y la formación de una culta ciudadanía en todos los municipios y clases sociales.

A expensas de la política oficial, a veces bajo su sombra, se está expandiendo la producción literaria, plástica, teatral, fotográfica, musical y cinematográfica. Sin embargo, más allá de la calidad estética, el grueso de la creación artística está desapegada de la realidad social. Asumido como una exquisitez, el arte se proclama como un esteticismo abstracto, cuando no como una mercancía, que incluso puede ser desechable. La producción académica también ha despuntado en algunos centros universitarios con la publicación de resultados de investigación en libros y revistas, y la divulgación científica toma revuelo en talleres y publicaciones. No obstante, los criterios burocráticos someten a la academia al punto de ensimismarla en la consecución de méritos y reconocimientos, en detrimento de la investigación con pertinencia social. Falta impulsar un arte con compromiso social y una investigación orientada a entender críticamente la realidad y proponer alternativas de desarrollo de gran calado.

Ante el embate de la producción industrial, la avalancha del consumismo adocenado y la indiferencia gubernamental, diversas expresiones de la cultura popular están en peligro de extinción. La cultura material de los pueblos es un entramado de relaciones sociales productivas y reproductivas que involucra saberes, identidades, prácticas y tradiciones. Las políticas de mercado impuestas tienden a exterminarlas o a mercantilizarlas, como se pretende con la promoción folclorizante y la comercialización de artesanía como souvenir. La cantera labrada, la herrería, la alfarería, la cerámica, la alfarería y los textiles representan productos sociales a los cuales hay que preservar: las artesanías son un basamento del escenario biocultural. La producción de alimentos artesanales como el queso añejo rojo, el pulque, la miel y la amplia gastronomía popular, no sólo representan valores patrimoniales, sino ingredientes agroecológicos que pueden fortalecer la soberanía alimentaria en el ámbito regional. La música popular de la región, como la tambora jerezana, junto a otras expresiones rescatadas por los investigadores y la producción discográfica de agrupaciones como Huayrapamushka, los Jaraberos de Nochistlán o Estampa Norteña, son ejemplos de que la música regional aporta elementos identitarios y convivenciales ajenos a las imposiciones de la industria del entretenimiento. Aunque la producción industrial desplaza con prontitud a la artesanal en todos los rubros comerciales y pone en predicamento la diversidad biocultural y bioeconómica de los pueblos, en la cultura popular anidan todavía mitos y resistencias que alimentan aspiraciones de bien común.

Pese a la exclusión social, educativa y laboral que acosa a la mayoría de la juventud, por su propio impulso, o con apoyos marginales, descuellan grupos con capacidades artísticas, científicas, tecnológicas y políticas. Estudiantes universitarios del Grupo Quark realizan actividades de divulgación científica para niños y adolescentes, a la vez que conforman un semillero de prospectos científicos. La escuela de música de la UAZ forma nuevas generaciones de músicos y cantantes que incursionan en los escenarios de concierto y obtienen premios. Agrupaciones musicales independientes de diversos géneros musicales, como el rock, impregnan de identidades culturales a los jóvenes. Escasa, pero relevante, la visión artística de los jóvenes sobre los problemas sociales es digna de reconocer, como el documental *Salaverna* de Edin Alain Martínez sobre el desalojo de los pobladores por la minera Tayahua del magnate Carlos Slim. El influjo de movimientos sociales, como el zapatista y YoSoy132, rompen la monotonía y el conformismo del estudiantado e incitan la concientización y activación de parcelas de la juventud, esto presagia un cierto renacimiento de la política. Paradójicamente, en un mar de exclusión social, las actuales generaciones detentan los mayores niveles de formación educativa y producen ideas, símbolos y artefactos valiosos para la sociedad. Sin embargo, los casos exitosos siguen siendo más la excepción que la regla.

No cabe duda de que la cultura, la educación, la ciencia, la tecnología, el arte, el deporte y la recreación son actividades imprescindibles para un desarrollo humano que permita el despliegue de las capacidades críticas y creativas en un ambiente de bien común, convivencialidad y seguridad humana. Sin embargo, bajo las pautas de mercantilización patrimonial, de canalización de recursos públicos a favor de los conglomerados empresariales, estas actividades pierden potencia social y se reducen a dispositivos mercantiles y políticos. En definitiva, es imprescindible construir otras políticas públicas y comunitarias que alienten un cambio cultural.

Como continuación al número anterior de *Observatorio del desarrollo*, donde se analizaron algunas de las dinámicas estructurales del extractivismo, la explotación, la violencia e inseguridad, en el presente se revisan temas igualmente relevantes: la cultura, el turismo, la divulgación científica, la migración, el sindicalismo universitario, el agua y el mezcal. Estos temas complementan y refinan la primera entrega. Con ambos números, el lector podrá tener una mirada abarcadora y actualizada de los problemas torales de la sociedad zacatecana en su contexto.